

Los estragos de Trump

15 de Enero de 2021



Una vez superada la terrible turba que arremetió en el Capitolio de EEUU, intentando alterar la toma de mando de Biden, cabe realizar algunas reflexiones sobre el daño acometido a la democracia estadounidense por parte de Trump - quien azuzó a las masas alegando un fraude electoral - y el probable futuro del país americano al mando del nuevo gobierno.

Un reciente artículo de The Economist que compartimos líneas abajo incide en algunas respuestas al respecto haciendo un breve recuento sobre el comportamiento de Trump en los últimos meses - constantes impugnaciones a los resultados, que además nunca reconoció, frente a cortes que tampoco llegaron a beneficiarlo - pero sobretodo lo debilitado que queda el partido republicano tras las protestas y cómo esto traerá fuertes implicancias para la gobernanza del país en los próximos meses, ahora que los demócratas consiguieron la mayoría en el Senado, tras su reciente victoria en el estado de Georgia.



Como se dejan entrever en estas líneas, evidentemente el partido republicano tendrá que defenestrar a Trump de su figura política si realmente quiere volver a generar expectativas entre sus votantes. No nos deja de sorprender pues desde la llegada de este personaje, nunca avizoramos nada bueno no solo para EEUU y su democracia, una de las más desarrolladas a nivel global, sino también para el mundo (ver [Lampadia: El 'americano feo' desestabiliza las relaciones económicas del mundo](#)).

Al día de hoy Trump ha dejado un mundo desglobalizado con secuelas permanentes a nivel geopolítico, comercial y tecnológico que lamentablemente tomarán años en ser revertidas si es que Biden realmente quiere hacerlo (ver [Lampadia: ¿Biden o Trump?](#)). Su empeñamiento con China, centrado en el histórico déficit comercial que tiene EEUU con este país, no ha podido ser resuelto con la guerra arancelaria sino por el contrario, esta misma política ha llevado al mundo a una contracción del comercio sin precedentes. Ello sin considerar los vetos tecnológicos a empresas como Huawei, Tik Tok o WeChat, con acusaciones de espionaje nunca comprobadas.

Desde ya esperamos que el partido republicano esté a la altura de una verdadera renovación en el futuro inmediato, de manera que la democracia estadounidense, considerada entre las más ejemplares a nivel mundial, y la globalización como un todo, no vuelvan a recibir tan dañinos embates como los recibidos en los últimos años con tan nefasto personaje. [Lampadia](#)



Política estadounidense

El legado de Trump: la vergüenza y la oportunidad

La invasión del Capitolio y la victoria de los demócratas en Georgia cambiarán el rumbo de la presidencia de Biden

The Economist

9 de enero, 2021

Traducida y comentada por Lampadia

Hace cuatro años, Donald Trump se paró frente al edificio del Capitolio para tomar posesión de su cargo y prometió poner fin a la “carnicería estadounidense”. Su mandato concluye con un presidente en ejercicio instando a una turba a marchar hacia el Congreso, y luego elogiándolo después de haber recurrido a la violencia. No tenga ninguna duda de que Trump es el autor de este ataque letal al corazón de la democracia estadounidense. Sus mentiras alimentaron el agravio, su desprecio por la constitución lo centró en el Congreso y su demagogia encendió la mecha. Las imágenes de la mafia que asalta el Capitolio, transmitidas alegremente en Moscú y Pekín tal como se lamentaron en Berlín y París, son las imágenes definitorias de la presidencia antiamericana de Trump.

La violencia del Capitolio pretendía ser una demostración de poder. De hecho, enmascaró dos derrotas. Mientras los partidarios de Trump entraban y entraban, el Congreso certificaba los resultados de la incontrovertible derrota del presidente en noviembre. Mientras la mafia rompía ventanas, los demócratas celebraban un par de victorias poco probables en Georgia que les darán el control del Senado. Las quejas de la mafia repercutirán en el Partido Republicano cuando se encuentre en la oposición. Y eso tendrá consecuencias para la presidencia de Joe Biden, que comienza el 20 de enero.

Aléjese de las tonterías sobre las elecciones robadas, y la escala del fracaso de los republicanos bajo Trump se vuelve clara. Habiendo ganado la Casa Blanca y retenido la mayoría en el Congreso en 2016, la derrota en Georgia significa que el partido lo ha perdido todo solo cuatro años después. La última vez que les sucedió a los republicanos fue en 1892, cuando la noticia de la humillación de Benjamin Harrison viajó por telégrafo.

Normalmente, cuando un partido político sufre un revés de tal magnitud, aprende algunas lecciones y vuelve más fuerte. Eso es lo que hicieron los republicanos después de la derrota de Barry Goldwater en 1964 y los demócratas después de la derrota de Walter Mondale en 1984.

La reinversión será más difícil esta vez. Incluso en la derrota, el índice de aprobación de Trump entre los republicanos ha rondado el 90%, mucho mejor que el 65% de George W. Bush en el último mes de su presidencia. Trump ha aprovechado esta popularidad para crear el mito de que ganó las elecciones presidenciales. La encuesta de YouGov para *The Economist* revela que el 64% de los votantes

republicanos cree que el Congreso debería bloquear la victoria de Biden.

Quizás el 70% de los republicanos en la Cámara y una cuarta parte en el Senado se confabularon en su conspiración al jurar intentar precisamente eso; para su vergüenza, muchos de ellos persistieron incluso después del asalto al Congreso. Como truco antidemocrático, no tenía precedentes en la era moderna (ni ninguna posibilidad de éxito). Y, sin embargo, también es una señal del control maligno de Trump. Después de ver cómo terminó las carreras de leales como Jeff Sessions y eligió casi por sí solo a otros, como el gobernador de Florida, Ron DeSantis, los que enfrentan las primarias siguen aterrorizados de provocarlo.

El mito electoral que ha tejido Trump puede haber roto el ciclo de retroalimentación necesario para que el partido cambie. Deshacerse de un líder fallido y una estrategia rota es una cosa. Abandonar a alguien a quien usted y la mayoría de sus amigos piensan que es el presidente legítimo, y cuyo poder fue arrebatado en un gigantesco fraude por sus enemigos políticos, es algo completamente diferente.

Si algo bueno va a salir de la insurrección de esta semana, será que esta forma de pensar pierda algo de valor. Ver a un partidario de Trump descansando en la silla del presidente debería horrorizar a los votantes republicanos a quienes les gusta pensar que el suyo es el partido del orden y de la constitución. Escuchar a Trump incitando a los disturbios en el Capitolio puede persuadir a algunas partes del centro de EEUU a darle la espalda para siempre.

Para Biden, mucho depende de si los republicanos escépticos de Trump en el Senado comparten esas conclusiones. Eso se debe a que las victorias de Jon Ossoff y Raphael Warnock, el primer afroamericano en ser elegido demócrata al Senado por el sur, han abierto repentinamente la posibilidad de que el gobierno de Washington, DC, esté menos plagado de obstrucciones republicanas y trucos trumpianos.

Hace una semana, cuando la opinión convencional era que el Senado permanecería bajo el control republicano, parecía que las ambiciones de la administración de Biden se limitarían a lo que podría lograr mediante órdenes ejecutivas y nombramientos en agencias reguladoras. Una división 50-50 en el Senado, con la vicepresidenta, Kamala Harris, emitiendo el voto de desempate, es una mayoría tan estrecha como es posible obtener. No permitirá milagrosamente que Biden lleve a cabo las reformas radicales que a muchos demócratas les gustaría, pero marcará la diferencia.

Por ejemplo, Biden podrá obtener la confirmación de sus opciones para el poder judicial y para su gabinete. El control de la agenda legislativa en el Senado pasará de los republicanos a los demócratas. Mitch McConnell, el líder saliente de la mayoría del Senado que habló con fuerza esta semana contra el vandalismo institucional de Trump, era un maestro en bloquear votos que podrían dividir su caucus. Eso creó el estancamiento en Washington que los votantes suelen culpar al partido del presidente.

Los demócratas también pueden obtener algunas medidas a través del Senado a través de la

reconciliación, una peculiaridad de procedimiento que permite que los proyectos de ley de presupuesto se aprueben con una mayoría de uno o más, en lugar de los 60 votos necesarios para evitar un obstruccionismo, que se mantendrá, por mucho que sea. El ala izquierdista del partido quisiera dejarlo.

Para los republicanos, el costo del maldito acuerdo que su partido hizo con Trump nunca ha sido más claro. Los resultados de noviembre dieron señales de que un partido reformado podría volver a ganar las elecciones nacionales. Los votantes estadounidenses desconfían del gran gobierno y no le han entregado a un partido más de dos mandatos consecutivos en la Casa Blanca desde 1992. Pero para tener éxito y, lo que es más importante, fortalecer la democracia estadounidense una vez más en lugar de representar una amenaza para ella, necesitan deshacerse de Trump. Porque, además de ser un perdedor de proporciones históricas, ha demostrado estar dispuesto a incitar a la carnicería en el Capitolio. **Lampadia**